

NOMBRES Y COSAS

Tendré que empezar por reconocer que, al comparecer aquí ante mis convecinos, no lo hago sin sentir algún reparo. Tengo demasiado reciente la experiencia del Valle de Salazar, en compañía de D. J. Gifford. Después del saludo de rigor, en distintos puntos de la carretera o de senderos de montaña, el diálogo se repetía poco más o menos así: «¿Qué, turismo?» Lo mejor y más breve hubiera sido decir que sí, pero, tal vez por no ser cogido en contradicción respondía de otro modo: «En realidad, no. Aquí mi compañero ha venido a estudiar los nombres de lugar. Ya saben Vds.: nombres de casas, de términos, de montes... Yo quiero conocer directamente el vascuence del Valle.» Hay que advertir que mi amigo, alegando dificultades de lengua que no me parecían muy evidentes, había delegado en mí, con carácter permanente, el papel, no siempre agradable, de portavoz e introductor. «Pero, ¿eso se estudia?, se extrañaba el interlocutor; o bien: «Pero, ¿eso sirve para algo?» «Pues sí, se estudia. Hay por lo visto gente para todo: aquí está como prueba mi amigo que no ha venido de Escocia para otra cosa.» O bien: «Pues, no; la verdad es que lo que se dice servir, no sería fácil decir para qué sirve. Por lo menos, si no sirve para mucho, todos están de acuerdo en que tampoco hace daño a nadie, como no sea acaso a los propios interesados.»

No sé si se me exigirán tantas explicaciones, aunque no sea más que por ser de casa, en este pueblo de productores de diversas clases donde yo no produzco nada, al menos nada que se pueda pesar o medir. Si tuviera que justificarme, trataría de mostrar que existe un lazo, no menos real por sutil y casi imperceptible, que une estudios tan poco prácticos como los míos con otros cuya utilidad —o quizá fuera mejor decir repercusión inmediata, para bien o para mal, en nuestras vidas— es generalmente reconocida. No hay, además, conocimiento del que no se pueda sacar algún provecho, y está fuera de duda que muchos adelantos técnicos no hubieren llegado a producirse, si alguien no se hubiera dedicado a investigar sin otro afán que el del puro conocimiento.

Me doy perfecta cuenta de que una disertación sobre los distintos aspectos del lenguaje no es exactamente la clase de número ligero y divertido que las Comisiones de Festejos gustan de incluir en el programa de las fiestas patronales. Una guía sentimental de los rincones de la calle de Arriba, pongo por ejemplo, resultaría más agradable de escribir y posiblemente más fácil de leer, ejercicio este último que, dicho sea de paso, el cine y la radio están haciendo menos frecuente cada día. Al contrario de lo que ocurre con la observación del mundo exterior, el meditar sobre cosas tan nuestras como el pensamiento o el lenguaje supone una especie de volverse mentalmente del revés, postura que para ser tomada debidamente requiere una gimnasia acaso saludable, pero que desde luego no es muy cómoda. Por eso, como un encargo es un encargo, dedicaré tan sólo unas líneas, abusando de la paciencia del lector, a los nombres de lugar.

El hombre no se ha limitado a modificar el paisaje con edificaciones o caminos: primero lo humanizó clavando nombres al suelo, como señales de posesión. No hay que engañarse con respecto a la fijeza de signos tan intangibles. Los nombres, como todo, se alteran y desgastan: llegan a ser sustituidos y a perderse completamente. Con todo, vienen mostrando, a través de los siglos, una resistencia a los factores de destrucción que difícilmente puede igualar ninguno de los materiales de construcción empleados por el hombre.

Su carácter duradero, unido a su continua renovación, hace que en un momento dado, en el día de hoy por ejemplo, convivan nombres de muy distinta procedencia y fecha. Para separar las distintas capas, al menos en los casos más favorables, sólo se precisa paciencia, experiencia, buen sentido y una documentación lo más completa posible. En todo caso, es necesaria la convicción de que lo concebido y realizado por el hombre, lo que suelen llamar el mundo de la cultura, no es menos digno de examen que las fuerzas naturales. Si su estudio contribuye menos a nuestro dominio del mundo exterior, es más apropiado para nosotros mismos, conocimiento que ya desde antiguo viene siendo señalado como la condición, bastante difícil de llenar, de la verdadera sabiduría.

Por fortuna —al menos para los que se interesan por él—, el pasado es tenaz y se aferra a la existencia en los lugares más insospechados. La cuestión está en descubrir dónde se oculta. Los nombres de pila cambian, por las variaciones de la moda o por otras razones, pero, aunque ya no hay Sanchos o Centoles entre nosotros, su memoria se conserva en el nombre de una calle, la de Sanchoenea, y en el del caserío Centolenea, en forma popular Zentolen.

Nuestros mayores, porque querían y podían serlo, eran bastante más individualistas que nosotros. No les gustaba ver su casa pegada a otras y confundida con ellas. Se recuerda todavía la frase legendaria de aquel buen propietario que, al ver edificar otra casa a una legua de la suya, opinó que la estaban construyendo demasiado cerca. Distancias así, sin embargo, eran difíciles de guardar en una villa murada como Rentería. En estos casos se recurrió, como indicó don Bonifacio de Echeagaray, al expediente un tanto simbólico de dejar «entre casa y casa un espacio lo suficientemente angosto para impedir o dificultar la circulación por él», es decir, lo que entre nosotros se sigue llamando *pelena*.

La casa así individualizada no podía ser, como hoy, el número tantos de tal calle, sistema de identificación cómodo, pero de cierto aire carcelario. Aun enclavada en el casco urbano, tenía su propio nombre, como hoy los caseríos aislados. Con frecuencia no hay que remontar mucho en el pasado para averiguarlo. La casa en que vivo se describe aún en una escritura de 1913 como «casa nombrada Gaztelu, señalada con el número 2 antiguo y 6 moderno de la calle de Arriba». Muchos más conocidos son los nombres de las casas que flanqueaban el antiguo

portal de Navarra: Torrekoa y Morrontxo o Sanjuangoa.

Sin salir de la calle de Arriba, hay una casa, con entrada por dos calles y un nombre, *Amuilleta*, que, en nuestros días de concentración industrial, sigue aludiendo a la fabricación casera de anzuelos. No es la única. En la calle de Santa Clara, la primera o segunda casa contando desde el paso de Xamorako erreka se llamaba *Iltzeilleta* o la casa del constructor de clavos. En otro caso bien conocido, el de *Morronguilleta*, nombre que de la casa ha pasado al callejón, se trata, como me señaló mi buen amigo don Ambrosio Galarraga, de la fabricación de cerrojos (*morrulloak*). De la antigua siderurgia nos queda, entre otros, el nombre de Arragua y sobre todo el de Fandería, donde el marqués de Iranda instaló en el siglo XVIII una máquina «de mucho artificio y primor que, con cilindros y cortantes, hiende, corta, ensancha, tira y adelgaza el hierro».

Los nombres sobreviven al mismo cambio de lengua. Ahí está, bien cerca de Rentería, como huella del gascón hablado en San Sebastián y sus cercanías, un nombre como *Molinao*, que no es otra cosa que Errotaberri, o sea, molino nuevo, y posiblemente, ya entre nosotros, el de *Pontika*. Pero de esto hay abundantes testimonios históricos, entre los cuales no ocupa el último lugar el del diablo «que en la frente tenía tres cuernos, y tenía figura de hombre, los ojos muy encendidos, y una cola en las partes bajas», que se veía obligado a practicar el bilingüismo en el Jaizkibel para hacerse entender de las aspirantes más o menos voluntarias a bruja, el año 1610.

No se suele saber, fuera de los iniciados, que los nombres de lugar resultan muchas veces reveladores para los arqueólogos, al menos como primera aproximación. Personalmente creo en esto desde que, tras haber pensado que Carasta, en Alava, se podía explicar por el latín *castra* «campamento», llegué a enterarme de que efectivamente se habían hallado allí, hacía tiempo, los restos de un campamento romano. Sin apartarnos tanto, ¿qué queda en Rentería del antiguo convento de San Francisco sino el nombre de Capuchinos o Komentua? ¿Habría razón a primera vista, fuera del nombre, para pensar que en Gaztelutxo, «como en sitio eminente y proporcionado, en particular contra los franceses, hubo un castillejo», fuera de las cercas de la villa, según explica Gamón? De igual manera, el nombre del caserío *Galtzaborda* no tiene ninguna relación con los pantalones, ni siquiera con las calzas. Basta, en efecto, con ver que el nombre completo, tal como aparece escrito, es *Galzaraborda*, lo que viene a ser la borda del camino o de la calzada, como Santo Domingo en la Rioja. Por ahí pasaba precisamente el antiguo camino de Rentería a San Sebastián, que dejó en desuso la nueva carretera abierta a mediados del siglo pasado. En el nombre de *Salbatore* queda el recuerdo de una ermita a donde se acudía en romería todos los años el día de la Ascensión.

Ya que hemos mencionado la arqueología, es obligado recordar que en el valle del Oyarzun se encuentran, no sabemos bajo cuánta tierra, los restos de una población que, en relación con las minas de Arditurri y el puerto de Pasajes, tuvo importancia en época romana. Por desgracia, la toponimia viene fracasando en su localización y será preferible confiar en la eficacia de las azadas o mejor de las modernas excavadoras. Nada tendría de extraño que un día, trabajando en los cimientos de una nueva construcción, se haga en un sitio o en otro un hallazgo que no debiera pasar inadvertido. Los fragmentos de cerámica

suelen ser tan reveladores como las columnas o las estatuas, y desde luego muchísimo más abundantes. Si llega a aparecer algo, y lo que no ha dejado de existir termina por aparecer de una u otra manera por oculto que esté, sería de desear que no volviera a ocurrir lo que ocurrió con un desnudo femenino en bronce, de hechura no mucho menos bárbara que la figura grabada en la estela de Andrearriaga. Lo único que de él se sabe es que alguien entregó o envió una fotografía, con la indicación de que se encontró en Rentería, a don Antonio García y Bellido, quien la publicó en su obra *La escultura romana en España*. Pero, ¿cuándo, en qué circunstancias y en qué lugar preciso se hizo el hallazgo? Nadie parece saberlo.

Volviendo a los nombres de lugar, hay materia sobrada, sin salir de nuestro término municipal, para uno o varios trabajos, bonitos y nada difíciles. Se trata de reunir los nombres de montes, cursos de agua, términos, casas y caseríos en su forma oral y escrita. Esto no exige, aparte de afición naturalmente, sino cuidado en anotar exactamente lo que se oye o se lee y paciencia para comprobar un dato cuantas veces sea preciso. El estudio de los nombres de lugar va muy bien tanto con la afición al montañismo como con inclinaciones más sedentarias. Suele ser muy importante el separar cuidadosamente los datos comprobados de su interpretación, que por desgracia siempre es subjetiva y sujeta a error. No es difícil enterarse de que *Capitanenea* fué el nombre de una casa antes de ser el de una calle y no produce sorpresa el descubrir las razones por qué se la llamó así. Pero los documentos de alguna antigüedad suelen revelar también cosas que no era fácil prever. Así *Gabierrota* fué *Gavirerota* y, antes de convertirse en molino de ferrería que era, *Gaviriola*; *Arramendi* fué *Arranomendi*, familia cuya casa se levantó donde ahora está el edificio de la Adoración Nocturna, y tenía la misma planta triangular que éste, y *Azañeta* parece haberse llamado *Aceariherneta* a principios del siglo XVI, según un documento publicado en parte por don Serapio Múgica y don Fausto Arocena.

Este estudio podría llevar un capítulo, que no sería el menos interesante, sobre los sobrenombres y apodos de todas clases. Sólo que sin expurgos, y de otro modo no tendría autenticidad ni gracia, y resultaría lectura no apta para todos. Y no sólo las personas tienen apodos, como nos recuerda Xenpelar:

*Esku-aldaba zuen txerriyak izena,
Bost arrua ta erdi, bastante gizena.*

Puede preguntárseme por qué yo mismo, siendo renteriano, no me he decidido aún a escribir estos trabajos en vez de pasearme, en cuerpo o en espíritu, por los extremos del País. No sé. Debe entrar en ello la atracción de lo lejano y menos conocido, aunque dentro de los reducidos límites del dominio vasco sólo muy relativamente se puede hablar de lejanía. En cuanto a la lista de sobrenombres, mi contestación puede ser más categórica. No soy demasiado robusto y, por añadidura, mis padres no se cuidaron de iniciarme debidamente en el noble arte de la lucha, iniciación que he echado muchas veces de menos aun en una profesión aparentemente tan pacífica como la mía. Estimo, pues, aconsejable que sea un renteriano de constitución más atlética y mejor entrenado quien se encargue de redactarla. El podrá atender más adecuadamente a las posibles reclamaciones.

LUIS MICHELENA